

paña, trayendo nuevas de la llamada restauración del *buen gusto*, en las páginas de Luzán, D. Nicolás Moratín, Cadalso, Iriarte y Samaniego, y muy pronto en las de Fr. Diego González, Iglesias y Meléndez. Todos ellos comenzaron á ser imitados, así en sus buenas cualidades como en sus defectos. La manera prosaica de Iriarte, por ejemplo, tuvo discípulo fervoroso en el latinista don Rafael Larrañaga, autor de una menos que mediana traducción de Virgilio, que hace buena la que de los cuatro primeros libros de la *Eneida* había publicado el fabulista de Canarias. Fábulas escribieron varios, entre ellos D. José Joaquín Fernández Lizardi (*el Pensador mexicano*), que tan célebre llegó á hacerse en los últimos tiempos del gobierno virreinal y primeros de la Independencia como periodista revolucionario y autor de la curiosísima novela picaresca *Periquillo Sarmiento* (1). Como último y chistoso extremo de prosaísmo, superior á nuestro D. Francisco Gregorio de Salas y á cuanto en esta línea puede imaginarse, hay que citar el nombre de un clérigo y famoso predicador, D. José Manuel Sartorio, que alcanzó como Lizardi la emancipación de la

(1) Sobre este ingenioso aunque chavacano escritor, cuya importancia es más bien histórica y social que propiamente literaria, véanse los *Apuntes biográficos y bibliográficos* publicados en 1888 por D. Luis González Obregón. Lizardi tenía muy mal gusto: baste decir que añadió una segunda parte á *El Negro sensible*, de Comella. Sus *Fábulas* lograron mucho crédito, y han seguido reimprimiéndose casi hasta nuestros días para uso de las escuelas. No hemos tenido ocasión de leer el *Periquillo*, que unos ensalzan como una especie de *Gil Blas* mexicano, mientras que otros le tachan de obra groserísima en fondo y forma, lo mismo que otras novelas de su autor, *La Quijotita y su prima*, *D.ª Catrin de la Fachenda*, etc. Fué hombre de ideas radicales y aun heterodoxas cuando todavía eran rarísimas en México, y extraordinariamente tenaz en divulgarlas. La Autoridad eclesiástica hubo de condenarle en 1822 por cierta *Defensa* que publicó de los *Francomasones*.

colonia, distinguiéndose por su fervor patriótico, que solía expresar en versos tales como los del siguiente soneto:

¡Cuánto tiempo, ¡oh América! anduviste  
En pos de tu deseada independencia,  
Y á pesar de tu grande diligencia  
(¡Pobre de ti!) hallarla no supiste.  
Lágrimas tiernas derramabas triste  
Bajo el yugo de dura dependencia,  
Suspirando con ansia y con vehemencia,  
Por la deseada que abrazar quisiste.  
Mas cese el llanto ya: cese el lamento,  
Pues la por quien estabas suspirando  
Ya pareció. ¡Qué gozo! ¡qué contentol  
Buscóla, hallóla heroicamente obrando  
El inclito Iturbide: mira atento,  
Suelo feliz: aquí la está abrazando.

En el mismo estilo, digno de Rabadán á juzgar por las muestras que conocemos (1) están escritos los *siete* tomos de versos sagrados y profanos que dejó Sartorio, que hasta en la fecundidad parece un trasunto de nuestro cura de Fruime. Sólo en algunas paráfrasis de himnos y otras poesías sagradas, que á lo menos prueban la sinceridad de su devoción, sale algo de la categoría de los más adocenados copleros, entre los cuales hay que afiliarle más bien que entre los seguidores de tan pulcro, ingenioso y bien cultivado espíritu como fué el del autor de las *Fábulas Literarias*, á quien pudieron faltarle todas las dotes de alta inspiración y poesía eleva-

(1) Véase la *Historia Crítica de la Literatura y de las Ciencias en México*, del Sr. Pimentel (México, 1876), que le dedica 14 páginas de análisis, esforzándose, como él dice, en «sacar algunas perlas de aquel estiércol».

Consideraciones de indole enteramente personal me vedan exponer aquí un juicio, que pudiera parecer apasionado, sobre el valor crítico de la obra del laborioso y erudito Sr. Pimentel. Baste decir que en la parte de noticias está bastante completa, y puede consultarse con fruto.

da, pero no le faltó ninguna de las que nacen de discreción, estudio y buen gusto.

Contra este prosaísmo gárrulo, ramplón y casero, fué saludable antídoto la fundación de la *Arcadia mexicana*, de la cual fué *mayoral*, según el estilo pastoril de entonces, el franciscano Fr. Manuel de Navarrete, cuyos versos comenzaron á aparecer en el *Diario de México* en 1805, siendo luego reunidos en dos volúmenes póstumos con el título de *Entretencimientos poéticos* (1). Los que hicieron esta colección hubieran mirado mejor por la gloria de este dulce y simpático poeta suprimiendo la mayor parte de los versos del tomo primero. Por ellos se ha juzgado generalmente al P. Navarrete, y se le ha juzgado mal, así en el concepto ético como en el literario. Por mucho que se conceda al convencionalismo arcádico y bucólico propio de aquella época y de aquel sistema literario, todavía parecen impropias de un religioso de tan severa observancia como la de San Francisco tantas colecciones de odas eróticas: *Las Flores de Clorila*, *La Música de Celia*, *La Pollita de Clori*, *Á Clori en el lecho*.... Sabemos que el P. Navarrete era un religioso irrepreensible; pero, por lo mismo, tales versos, escritos sin el más leve asomo de inspiración sensual, sino por pura imitación y artificio de escuela, son insípidos, triviales y empalagosos. Imitó á Meléndez en lo que Meléndez tiene menos digno de

(1) Nació en Zamora de Michoacán, en 16 de Junio de 1768, y murió en 19 de Julio de 1809, siendo Guardián del convento de Tlalpujahua. Era hombre de muy afable trato y de gallarda presencia. De sus *Poesías* hay, por lo menos, dos ediciones, una de México, 1823, y otra de Paris, 1835. Es la que tenemos á la vista. Está impresa con mucha elegancia, pero afeada por notables incorrecciones, propias de tipógrafos extraños á la lengua castellana.

imitación, y aun en esto quedó á larga distancia de la morbidez algo lasciva de su modelo. Lo que más demuestra la pureza de alma del P. Navarrete y la natural tendencia de su espíritu, es que sus anacreónticas sólo resultan agradables cuando, en vez de cantar el deleite, celebra los prestigios de la música ó los encantos de la inocencia.

Pero aun en sus versos amorosos hay una dote muy señalada, que es claro indicio de organización esencialmente poética: el sentido del número y de la armonía, no sólo de cada verso, sino del período entero. El P. Navarrete no es un versificador intachable, y entre otras cosas abusa de la sinéresis, quizá por defecto de pronunciación americana; pero antes de Pesado y de Carpío, que tampoco están exentos de este género de descuidos, nadie versificó en México con tan continua fluidez y tanto respeto al oído. Añádase una lengua naturalmente sana y bastante copiosa, sin alarde ni esfuerzo alguno, lo cual demuestra que el autor, semejante en esto como en otras muchas cosas á Fr. Diego González, ó no sabía francés, ó había formado su gusto y su estilo exclusivamente con la lectura de los poetas latinos y de los antiguos castellanos. Aun en poesías que por otro lado no valen mucho, como sus églogas, es visible el aprovechado estudio de Garcilaso, y quizá más el de Lope de Vega.

Donde el P. Navarrete raya á mayor altura es en sus poesías morales y sagradas, aunque ciertamente no carecen de defectos, siéndolo, y no pequeño, su misma extensión, unida á cierta languidez soñolienta que en el total de la composición se nota. La inspiración del padre Navarrete tiene siempre algo de intermitente y des-

igual; discurre con mucha elevación, siente con cierto fervor melancólico, que es como tibia aurora del sentimiento romántico (véanse especialmente sus *Ratos tristes*), pero las alas no le sostienen bastante: le falta impetu lírico, y es mucho mejor para citado por trozos sueltos que para leído en su integridad. De estas poesías tuyas hemos elegido el *Poema eucarístico de la divina Providencia*, que nos parece su obra mejor y más cuidada, y presenta muy bellos rasgos descriptivos. En otro poemita, *El Alma privada de la gloria*, la ejecución, algo vulgar, nos parece muy inferior á la grandeza de la idea y al mérito del plan. La elegía á la muerte de su madre está muy sentida; pero muchos versos negligentes y prosaicos, y la intervención de nombres tales como *Blas* y *Alejo*, estropean bastante el efecto. ¡Ojalá Navarrete hubiese escrito siempre con aquella indefinible mezcla de sencillez y elegancia que hay en algunos versos de sus *Ratos tristes*, los cuales hacen pensar ya en el próximo advenimiento de la dulce melancolía lamar-tiniana!; y no es pequeña loa para poeta del siglo XVIII.

¡Dulces momentos, aunque ya pasados,  
 Á mi vida volved, como á esta selva  
 Han de volver las cantadoras aves,  
 Las vivas fuentes y las flores suaves,  
 Cuando el verano delicioso vuelva!  
 . . . . .  
 ¡Áridas tierras, más que yo dichosas,  
 No así vosotras, que os manda el cielo  
 Anuales primaveras deleitosas  
 Á coronar con mirtos y con rosas  
 La nueva juventud de vuestro suelo!

De este género de poesía íntima y de moderno lirismo sólo Cienfuegos y el P. Navarrete parecen haber adivinado ó presentido confusamente algo, y en este sentido

crece la figura del humilde franciscano, y es justo decir de él lo que dijo en México el más popular de los poetas españoles de nuestro siglo: «Los defectos de sus obras son los de su tiempo, y sus bellezas y excelencias le son propias y personales.» Pereció el cantor de Cloris y de Celia; pero sobrenadan algunos versos del poeta místico, que, anhelando por la vida del cielo, exclamaba:

En los campos eternos  
 Florecerán mis gustos inmortales,  
 Seguro de los rígidos inviernos.

El exaltado americanismo de D. Juan María Gutiérrez perjudicó mucho al buen nombre del P. Navarrete con la desafortada hipérbole de decir que «rivaliza con el autor de la *Noche serena* en elevación y candor». No profanemos los nombres de los grandes poetas en obsequio de las medianías estimables. El puesto de Navarrete todavía es muy honroso, aunque se le ponga donde debe estar, es decir, en su escuela y en su tiempo, al lado de Fr. Diego González y de Meléndez, pero con una nota personal suya, que tampoco es la de Meléndez en la poesía elevada; por más que Meléndez, contra la común opinión, transmitida sin examen desde su tiempo, valga infinitamente más como cantor de la gloria de las artes, ó del fanatismo, ó de la presencia de Dios, ó de la prosperidad aparente de los malos, que como *el dulce Batilo*, autor de tantos idilios, cantilenas y anacreónticas, para nuestro gusto tan amaneradas y tan marchitas.

El buen ejemplo del P. Navarrete fué seguido por otros poetas clásicos, de mediano estro, pero de buenos estudios, á quienes vino á dar nueva materia lírica la pasión política, excitada por la guerra de la Independencia. Ha de notarse, sin embargo, que por las raras

circunstancias que concurrieron en la separación de México, nunca tuvo allí esta poesía del patriotismo americano ni la unanimidad en el sentir, ni la grandeza, la valentía y el arranque que tiene en el cantor de Junín y en otros poetas de la América del Sur. La revolución de México no tuvo su Olmedo, porque tampoco tuvo su Bolívar. Faltó allí la unidad épica que tuvo la guerra en el Sur. Itúrbide y los que con él hicieron el plan de Iguala, no eran los que habían acaudillado el movimiento popular de Dolores: nada tenían que ver con las turbas fanáticas que habían seguido á sus curas rurales, á los Hidalgos y Morelos. Eran, al contrario, los realistas de la víspera, los que, en nombre de Fernando VII, habían vencido y fusilado á los primeros insurgentes; los que ahora, en odio á la Constitución de Cádiz, deshacían su propia obra, y ponían bajo el pabellón de las Tres Garantías la custodia del régimen antiguo. Este dualismo, que sólo en los primeros momentos pudo paliarse, este pacto entre enemigos irreconciliables, llevaba consigo el germen de innumerables calamidades intestinas, que muy pronto comenzaron á desarrollarse, quitando á la Revolución desde el primer momento todo carácter de unanimidad y de concordia, lo cual, unido á la manera feroz y sanguinaria con que generalmente se había hecho la guerra por ambas partes (1) hizo que las Musas huyesen amedrentadas del campo de batalla ó exhalasen sólo acentos débiles y roncós.

Hubo excepciones, sin embargo. Quintana Roo, Sánchez de Tagle, Ortega, Castillo y Lanzas, encontraron

(1) Lo cual no excluyó actos individuales de generosidad heroica como el del general D. Nicolás Bravo perdonando la vida á gran número de prisioneros españoles después del suplicio de su padre.

acentos varoniles en algunos momentos de la lucha. Las odas de nuestro Quintana eran el modelo predilecto de todos ellos.

Renueva ¡oh, musa! el victorioso aliento  
Con que fiel de la patria al amor santo  
El fin glorioso de su acerbo llanto  
Audaz predije en inspirado acento.....

Así comenzaba su oda *Al 16 de Septiembre de 1821*, pocos días antes de la entrada triunfal de Itúrbide en México, el abogado yucateco, D. Andrés Quintana Roo (1), personaje de los de más cuenta en la primera insurrección, presidente que había sido del Congreso de Chilpalcingo congregado por Morelos en 1813, y autor de la primera declaración de independencia; varón respetado siempre entre sus conciudadanos por su probidad y entereza. Tenía Quintana Roo más de magistrado y de hombre político que de poeta, pero si no ardían en él muy vivos los resplandores del numen, era elevado su pensamiento, noble y correcta su versificación, severo el tono, como cuadraba á la índole grave de su talento. Hizo mucho estudio de nuestra prosodia, acudiendo á veces en consulta á D. Alberto Lista, de quien fué amigo. Dejó un tratado sobre el sáfico adónico español, y algunas observaciones sobre la *Ortología* del abate Sicilia, obra que introducida por estos tiempos en México, y muy recomendada por Quintana Roo y por otros, vino muy oportunamente á atajar la licencia desenfrenada de muchos versificadores y á restablecer los sanos principios prosódicos, algo vulnerados por la pronunciación local. Quintana Roo (2), fué de los primeros

(1) Véase esta oda en la *América poética*, de Gutiérrez.

(2) Nació D. Andrés de Quintana Roo en Mérida de Yucatán en 1787, y murió en México en 1851.

que dieron el ejemplo, junto con la doctrina, y no eran por cierto frecuentes en México, en 1821, versos de tan firme y sostenida entonación como algunos de los suyos, verbigracia:

Cual al romper las pléyadas lluviosas  
El seno de las nubes encendidas,  
Del mar las olas antes adormidas,  
Súbito el austro altera tempestosas.....

El mismo Sánchez de Tagle, poeta más fecundo y variado que Quintana Roo, dista mucho de haber puesto

Noticias de su vida, y de las de los demás poetas que iremos citando, se encuentran en el *Manual de Biografía Mexicana*, de Arróniz, y en las *Biografías de Mexicanos distinguidos*, de D. Francisco Sosa (México, 1884). Es lástima que á estas obras no acompañe la parte bibliográfica, que supliría la falta de una continuación del Beristain.

No sabemos que hayan sido coleccionadas las poesías de Quintana Roo. En las pocas que hemos visto se trasluce la buena educación clásica del autor. En la oda del *Diez y seis de Septiembre* hemos notado dos reminiscencias horacianas.

La sangre difundida  
De los héroes, su número recrece,  
Como tal vez herida  
De la segur, la encina reverdece,  
Y más vigor recibe,  
Y con más pompa y más verdor revive.....

Duris ut ilex tonsa bipennibus  
Nigrae feraci frondis in Algido,  
Per damna, per caedes, ab ipso  
Ducit opes animumque ferro.

(Lib. IV, od. IV.)

Sus nombres antes fueron  
Cubiertos de luz pura, esplendorosa,  
Mas nuestros ojos vieron  
Brillar el tuyo (\*) como en noche hermosa  
Entre estrellas sin cuento  
A la luna en el alto firmamento.

Micat inter omnes  
Iulium sidus, velut inter ignes  
Luna minores.

(Lib. I, od. XII.)

Hay otro poeta yucateco de este tiempo, imitador de Quintana, D. Wen-

(\*) El de Itárbide.

igual esmero en la construcción de sus versos. Sus composiciones eróticas y anacreónticas valen todavía menos que las del P. Navarrete, de quien puede ser considerado como discípulo, no sólo en este género insulso y trivial, sino en otros de más alta poesía. *El Entusiasmo en una noche serena*, la oda *A la Luna en tiempo de discordias civiles*, *La Melancolía*, *Al Ser Supremo en el día de mis bodas*, indican las tendencias del poeta á la meditación filosófica, siguiendo las huellas del cantor *De la Divina Providencia* y de los *Ratos tristes*, pero son tan desiguales, y en general tan lánguidas, que no nos hemos decidido á insertar ninguna en esta colección. La sincera piedad del autor, su ternura doméstica, su austeridad moral, le hacen simpático y recomendable, pero de sus poesías sólo pueden entresacarse fragmentos, y no de primer orden. La misma oda *A la Luna*, que tiene una entrada grave y solemne, muy directamente imitada de la elegía de Meléndez *A las miserias humanas*, hasta el punto de ser idéntico el primer verso:

¡Con qué silencio y majestad caminas,  
Por miles de luceros festejada,  
Súbditos que dominas,  
Ornato augusto de la noche helada.....

está afeada por versos tales como éstos, que son purísima prosa:

ceslao Alpuche. No conocemos sus poesías, publicadas en 1842, y que, según parece, fueron acremente censuradas por el Conde de la Cortina. Á juzgar por sus títulos, casi todas deben de ser políticas: *Hidalgo*, *Grito de Dolores*, *La Independencia*, *El Suplicio de Morelos*. Don Francisco Sosa publicó en 1873 un *Ensayo biográfico y crítico* sobre este poeta.

Suponemos que figurarán sus versos en la colección de *Poetas Yucatecos y Tabasqueños*, publicada en Mérida de Yucatán, 1861, por D. Manuel Sánchez Mármol y D. Alonso de Regil y Peón.

Y la sombra huye sin saber á donde....  
 Y pensaba engullir el caos menguado....  
 Ahora ¡oh dolor! en hórridas reuniones  
 Preparan combustiones....  
 Y el fervoroso anhelo  
 Del patriota veraz será frustrado....

Entre los versos políticos de Sánchez Tagle, sobresale la oda que en presencia de Itúrbide leyó *Á la entrada del ejército trigarante en México*, y el romance heroico en que celebró la salida de Morelos del sitio de Cuautla, en 1812 (1). Años antes, en 1804, había dedicado á Carlos IV una oda encomiástica, y en 1808 otra *Á la gloria inmortal de los valientes españoles y á la coronación de Fernando VII*. Cosa ligera y alada es el carácter de los poetas.

Más brío, más alma de poeta, y más corrección también hay en las obras de D. Francisco Ortega (2), ardiente partidario de las ideas republicanas, en nombre de las cuales dirigió á Itúrbide, no cánticos de gloria, sino severa invectiva en el día de su coronación. Va en nues-

(1) Nació D. Francisco Sánchez de Tagle en Morelia (antes Valladolid de Michoacán), el 11 de Enero de 1782, y murió en México en 7 de Diciembre de 1847. Gozaba fama de excelente teólogo y canonista. Redactó el acta de independencia de 1821, y fué diversas veces senador por el Estado de Michoacán. En 1833 destruyó gran parte de sus poesías. Las que se salvaron fueron publicadas después de su muerte en 1852, con un prólogo de D. José Joaquín Pesado, que dice de Tagle: «dejó como hombre privado memorias gratísimas de sus amables prendas y de sus virtudes.»

(2) Nació Ortega en México el 13 de Abril de 1793, y murió en 11 de Mayo de 1849. Fué prefecto de Tulancingo, diputado en varias legislaturas y subdirector del Establecimiento de ciencias ideológicas y humanidades. Se le atribuye la redacción de las *Bases Orgánicas* de 1841. Sus *Poesías* líricas se publicaron en 1839: hay en ellas una especie de loa titulada *México libre*. Dejó manuscritas una tragedia y una comedia originales, y una traducción de la *Rosmunda*, de Alfieri. Publicó en diversos tiempos varios opúsculos políticos.

tra Antología este valiente rasgo de elocuencia poética que tenemos por superior á su poemita religioso *La Venida del Espíritu Santo*, muy ensalzado por los críticos mexicanos. Hay ciertamente en este poema felices imitaciones de Milton en la descripción de los espíritus infernales, mucho vigor y precisión teológica de frase, pero el conjunto resulta pesado y palabrero, sobre todo por un larguísimo razonamiento del demonio. La manera de Ortega en la poesía sagrada es muy semejante á la de los poetas de la escuela sevillana de fines del siglo XVIII: Lista, Reinoso, Roldán; pero quizá más jugosa y menos rígida. Transcribiremos algunos versos del final del poema, como muestra de la versificación acendrada y noble estilo que generalmente emplea su autor:

Ya la tierra anchurosa  
 Es toda del Señor Omnipotente;  
 Su diestra poderosa  
 De fuego precedida refulgente,  
 Á su espíritu envió; ningún viviente  
 De su calor se esconde inextinguible;  
 Con él quemó el escudo  
 Y quebró el arco de Satán sañudo,  
 Y sus armas también; vióse terrible  
 Sobre todos los dioses.

.....  
 No hay lengua que no entienda y aperciba  
 Su voz que el orbe llena,  
 Su voz que siempre asciende en llama viva.  
 Por los desiertos de la Libia ardiente,  
 Por los pueblos flecheros,  
 Del Septentrión al Sur, de Ocaso á Oriente,  
 De Jehová mensajeros  
 Corren, vuelan, enseñan, iluminan;  
 El sacerdote, el mago, el ignorante,  
 El filósofo, el príncipe arrogante  
 Oyen, aprenden, arden, vaticinan.

Todo esto está correcta y decorosamente dicho, pero